
BILINGUISMO ECLESIASTICO Y PROFETISMO LIBERADOR

Alberto Parra, S. J.

Pedro en la persona de su sucesor, el Papa Juan Pablo II, ha transitado "con la paz de Cristo por los caminos de Colombia". Su visita, ¿ha alimentado nuestra esperanza o ha confirmado nuestros temores?¹

Un balance tiene que hacerse desde dos presupuestos. El primero es el reconocimiento de la fortaleza de fe, de los penetrantes carismas personales y del singular poder de convocatoria evangelizadora del Papa Juan Pablo. El segundo es la convicción de que el respeto y acatamiento a la enseñanza papal no eximen al cristiano y menos al teólogo del examen atento de los hechos, de las doctrinas, de los esquemas, de los resultados.

La diversidad de los auditorios, de los temas y de los discursos de esa inolvidable visita quizá puedan agruparse en tres zonas tanto de personas como de temas: el mundo eclesiástico, el mundo político y el medio popular.

Supuesta esa natural agrupación de temas y auditorios, se tiene la impresión de que en el medio popular la acción profética y la voz del Papa brillaron por su ímpetu liberador, en tanto que en el mundo eclesiástico y político se hizo gala de un notable bilingüismo que no alcanza a defraudar pero sí a disminuir la esperanza popular.

Entendemos aquí por bilingüismo ese "practicar dos lecturas de lo real de forma por así decir sinóptica, que yuxtapone el

1 Véase "La visita papal entre el temor y la esperanza". *Revista Solidaridad* 74, 1986, pp. 28-33.

discurso socioanalítico y el discurso teológico, intentando de ese modo jugar simultáneamente y por consiguiente de forma contradictoria, con dos juegos de lenguaje en un mismo terreno"². Esta descripción no quiere ser camisa de fuerza para arreglar según ella la temática papal, sino subsidio para aclarar lo que queremos expresar.

1. Lo eclesiástico

El destinatario primero del mensaje papal fue el mundo eclesiástico. Encuentros cálidos con el clero diocesano y religioso (no por partes, sino conjuntamente). Con obispos. Con seminaristas. Con religiosas.

Símbolo viviente de esos encuentros pudo ser el recinto, físicamente cerrado, de la catedral de Bogotá atestada de obispos, presbíteros y seminaristas, mientras el pueblo aguardaba con impaciencia en la abierta y atiborrada plaza de Bolívar. Símbolo fue también el campo, abierto y florido, del aeropuerto de Medellín atestado de fieles pero para quienes resultaba moralmente inaccesible el discurso de la masiva ordenación.

Lo cerrado de los recintos o lo inaccesible de los discursos sólo para eclesiásticos sirvió como de marco a las doctrinas de éstos y de otros encuentros similares. Con la Conferencia Episcopal Colombiana. Con los presidentes de secciones del Celam. Con la mesa de presidencia de la Clar.

En efecto: En el medio eclesiástico el discurso sentido del Pastor se orienta hacia la fidelidad de los eclesiásticos diocesanos y religiosos, indiferenciados, a sus misiones y funciones en la triple vertiente de anuncio de la palabra, celebración de los sacramentos (particularmente de la eucaristía) y animación pastoral que, entre los pobres, debe hacerse con corazón de pobre³. Fue interpelación al clero religioso para la conformación de un solo presbiterio bajo la guía y autoridad del obispo según el diseño colegial de Vaticano II. Fue apremian-

2 BOFF, Cl., *Teología de lo político*, Salamanca, 1980, p. 80.

3 *Sacerdotes*, 2-7.

te llamado a regirse por el magisterio del Papa y de los obispos, particularmente en lo tocante a los compromisos de promoción humana y liberación⁴.

El mensaje del Papa a sus hermanos los obispos se encauza por los mismos horizontes de la triple función de presidencia, de magisterio de la verdad y de magisterio de la santidad⁵. No sin advertencias claras sobre ideologías. Con especial mención del célebre documento "Identidad cristiana en la acción por la justicia". Y confirmación de las recientes determinaciones romanas acerca de la libertad cristiana y la liberación⁶.

Entre las religiosas se trató de un ahondar en su vida de consagración a Dios, de práctica de los consejos evangélicos, de oración y contemplación, de santidad esponsal, de acción apostólica bajo la guía y determinación de los obispos⁷.

Fue señalar a los seminaristas la altura de su vocación, las metas de su formación, su comunión con obispos y superiores, el ámbito de sus seminarios como hogar propio e insustituible⁸.

En tal contexto resonaba la referencia papal a las facultades de teología y filosofía para vincularlas a los criterios episcopales, a la enseñanza del magisterio y a la transmisión cuidadosa de doctrina segura y comprobada⁹.

Pero todo recorrido que se intente por el bloque doctrinal destinado al mundo de los eclesiásticos pone en evidencia grandes ausencias, sistemáticas y sintomáticas cuando se trata de apuntalar una fidelidad, una pastoral, una formación sacerdotal y religiosa y una producción teológica en uno de los países latinoamericanos menos avanzado pastoral y teológicamente de todo el continente.

4 *Ibid.*, 8-9.

5 *Spec.*, 2-7.

6 *Ibid.*, 8.

7 Véase *Religiosas*.

8 Véase *Sacerdotes*, 9.

9 *Ibid.*, 9.

Nos referimos a la ausencia de relación de nuestro mundo eclesiástico con los problemas nacionales enfatizados tan luminosa y drásticamente por el Papa en otros medios y en otros foros. Y es que las terribles desigualdades sociales son al mismo tiempo civiles y eclesiales¹⁰. La extrema pobreza en Colombia, es pobreza de los seguidores de Jesús en la Iglesia. La inexistencia de sistemas de convivencia, de representación y participación, son asuntos que tocan también a la comunión eclesial. La brecha profunda no atraviesa únicamente a la plaza pública sino también al templo. El desempleo, la marginalidad, la violencia, el narcotráfico se ejerce por quienes no sólo tienen registro civil sino también partida de bautismo. Por eso, establecer la relación con esta esfera dramática de nuestra vida nacional, señalar los compromisos, indicar los modos de formación responsable para esas acciones por parte del mundo eclesiástico no hubiese sido desfasar sino situar colombianamente la "fidelidad en el ministerio al servicio del pueblo de Dios" o la "fidelidad a la vocación sacerdotal".

Nos referimos también a la sintomática ausencia de vinculación del mundo eclesiástico, de su pastoral y de su formación con respecto a las mediaciones sociales, políticas, económicas, culturales, científicas, analíticas de la realidad. Los lugares teológicos perennes son, sin duda, la escritura, el magisterio y la tradición viva de la Iglesia. Pero ellos por sí solos no pueden asegurar una acción pastoral eficaz, una fidelidad integral al servicio del pueblo de Dios, o una formación sacerdotal y religiosa idónea.

Por lo demás, es sintomático y significativo que el encuentro principal del Padre y Pastor con el mundo eclesiástico se haya preparado y celebrado prescindiendo de las especificidades del clero diocesano y religioso. Y es que la justa y necesaria inserción de los religiosos en el diseño pastoral de la Iglesia local única, presidida por el obispo, no borra las características propias de los religiosos en su línea más de misión abierta que de sosegada conservación, más de frontera que de preservación, más de riesgo que de supervivencia, más de punta de lanza que de retaguardia.

En fin, dejar la problemática real de la vida a las puertas del templo (en el profano) es lo que se simboliza en la catedral

10 Véase *Laicos*, 4-5.

cerrada o en el campo abierto para el discurso eclesiástico inaccesible al pueblo.

2. Lo político

En las afueras del templo se levanta el Palacio de Nariño, sede de los presidentes de Colombia. En un país centralista y de régimen presidencial es ahí donde bulle la caldera hirviente de lo político. Ahí se entrecruzan los tortuosos caminos de lo social. Ahí se administran los debilitados pesos que sobran de la obligada exportación de divisas para el servicio de nuestra deuda externa (eterna, dijo Betancur ante el Papa). Ahí se procura domesticar la paloma blanca de la paz social negociada sobre papeles, no precisamente sobre reformas.

Un ángulo preferido por las cámaras de televisión proyectó constantemente la figura amada del Papa sobre un enorme óleo de Antonio Nariño, prócer de nuestra independencia y precursor en Colombia de los derechos del hombre. Símbolo vivo que deja atrás los tiempos oscuros de la enseñanza eclesiástica contra las revoluciones sociales y la reivindicación de los derechos.

En ese ambiente resonó serena y convincente la voz de Juan Pablo II ante los dirigentes de la nación. Discurso de un contenido social impecable y de una fuerza moral impresionante, que ningún colombiano dejará de agradecer desde el fondo del alma al Papa, y ningún analista dejará de señalar como uno de los mejores mensajes de la visita apostólica.

Ese discurso recoge lo que se había olvidado a las puertas del templo. La absoluta necesidad de reformas sociales que Pablo VI en su visita al país hace 18 años señalará como urgentes e inaplazables antes de que fuese demasiado tarde. Las desigualdades. El desempleo. La marginación. La crisis económica con sus vertientes de escasez de medios de financiación y debilidad de mercado. La injusta distribución de las riquezas. Las actividades económicas ilícitas. El contrabando. La violencia¹¹.

11 Véase *Dirigentes*, 2.

La pintura sombría de nuestra realidad contrastó con los tonos de la civilización del amor que en la descripción papal es laboriosidad, honestidad, participación, valores cristianos como fuente de inspiración social, derechos humanos, volcamiento hacia los más pobres, establecimiento de la comunidad de trabajo y empresa¹².

Y porque el mensaje papal quiso ser completo, no descuidó la señalación de los medios para semejantes fines. Ante todo el hombre colombiano como autor y actor de su propia transformación. Sus dirigentes a quienes el Papa reconoce calidad y competencia. El sistema democrático que por amenazado debe ser defendido y por defectuoso debe ser afianzado. Los valores cristianos de una nación católica. La convicción de que toda reforma y ordenamiento social tiene por meta al hombre que es imagen de Dios¹³.

Fueron entonces las dos últimas referencias, a los valores cristianos de una nación católica y al hombre imagen de Dios, las que salvaron al discurso de la total ausencia de las mediaciones de la fe para la praxis del cambio y de la transformación social. Porque la ausencia de mediaciones sociopolíticas para el mundo de los eclesiásticos tuvo contrapartida en la ausencia de mediaciones teológicas y de fe para el mundo de los políticos y dirigentes. Es de donde surge la sensación de bilingüismo que yuxtapone pero no integra el discurso socioanalítico y el discurso teológico; la praxis social y la praxis de fe; la ciudad del hombre y la ciudad de Dios. Por el contrario, el bilingüismo surge de los dos amores, de las dos ciudades, de los dos poderes, de los dos reinos. El de arriba servido por el clero. El de abajo servido por laicos y políticos.

El orden económico, político y social, tanto como todas las ciencias y el ordenamiento temporal, tienen leyes propias y autónomas que el cristiano ha de conocer y respetar. Pero es también claro que del Evangelio, de la fe y del amor, brota impetuosa e ineludible la exigencia absoluta por una praxis social justa.

12 *Ibid.*, 3.

13 *Ibid.*, 8.

Nuestros dirigentes que en su práctica totalidad se confiesan cristianos, católicos, hijos de la Iglesia, egresados de colegios y universidades católicas presentaron siempre una tal ineficacia sociopolítica que con razón puede interrogarse su fe cristiana, su grado de evangelización y los alcances de los medios educativos en que fueron formados. Por eso el foro de nuestros dirigentes que conoce de sobra y técnicamente los fenómenos sociopolíticos y sus causas, tal vez tenía necesidad de ser orientado en las mediaciones de la fe y de una praxis cristiana que pueda coadyuvar en la resolución de tantos males.

La generalidad de los asistentes a la Casa de Nariño asintió con sus actitudes y sus ademanes. Muchos se declararon después en pleno acuerdo con los planteamientos papales. ¿Como técnicos o también como cristianos? ¿Porque la voz del Papa llegó a ellos en el lenguaje de sus ciencias o porque les habló el Pastor y maestro de su fe? ¿Porque fueron interpellados en su ciencia o realmente en su conciencia y en su conciencia cristiana? Es que un joven comentarista de prensa pudo referirse al discurso papal como a casi una plataforma política para el gobierno liberal que ahora estrenamos. Y otro avezado político con razón preguntaba si el discurso del Papa fue propaganda o mensaje y si los "siete días blancos" de que habló Betancur al despedir al Papa no serían precisamente "siete días en blanco".

La fuerza del dato fenomenológico de la grave situación del país careció de interpelación exigitiva, desde la fe y las mediaciones cristianas, a las conciencias de los dirigentes y a la praxis ética que es elemento inseparable y concretizador de la fe. El bilingüismo es, precisamente, una yuxtaposición de la fe sin mediaciones socioanalíticas y de lo sociopolítico y económico sin mediaciones teológicas y exigencias éticas desde la fe en Jesucristo. El bilingüismo es el fruto del progresismo propio de las teologías políticas que, con el distractivo de que la fe no es programática, terminan hablando de lo político sin teología y de lo teológico sin política.

3. Lo popular

Aquí los símbolos de vida, antes que las palabras, son densos y cargados. Las imágenes dieron la vuelta al mundo. Es la del

indígena balbuciente en una lengua que no es la suya y que retorna a un texto primitivo que un oído ortodoxo había juzgado indigno de la oreja papal. En esa lengua que no es la suya reclama la tierra que sí es suya, que siempre fue suya y que le ha sido arrebatada. Como se le arrebató su cultura, su dignidad, su derecho a sobrevivir y a ser él mismo.

Símbolo es también, y ¡qué símbolo!, el pavoroso "no más" que el sacerdote achaca al obispo y el obispo al monseñor, como quedará sin saberse de dónde vinieron las balas asesinas que cegaron el compromiso apostólico y liberador del sacerdote indígena paez Alvaro Ulcué, cuyo nombre también fue tronchado en los labios mismos del indígena Camilo Chocué.

Símbolo y acción profética que evangelizó a Colombia probablemente más que todos los mensajes papales juntos fue el manifiesto disgusto del Padre y Pastor; esa declaración inicial a su discurso de no saber por qué se silencia la voz del indígena; y el hacer que aquel encuentro memorable en el corazón del mundo pobre, desolado por la violencia y por los desastres naturales, no se cierre con la voz autorizada y doctrinal del Pontífice, sino precisamente con la del representante de un pueblo subyugado, dominado, explotado, diezmado y de-pauperizado.

Fueron esos símbolos evangelizadores vivientes los que hilvanaron y dieron fuerza y sentido a los discursos de Juan Pablo II en el medio popular colombiano. En la tierra de los guambianos y paezes. En la concentración arrolladora de los trabajadores, subempleados y desocupados del sur de Bogotá. En el encuentro masivo de las parroquias populares de la montaña antioqueña. O en los litorales Pacífico y Atlántico donde la negritudes siguen todavía tan postradas y esclavas como en los días de los negreros y de las santas hazañas de Pedro Claver.

El indígena indefenso y el aborigen pobre es el sacramento de Cristo que el Papa viene a honrar¹⁴. Ya lo había honrado en las manos callosas de los campesinos colombianos ese otro peregrino de nuestros campos que fue Pablo VI. Y es porque el honrar y coronar imágenes venerandas en los santuarios co-

14 Véase *Popayán*, 6.

lombianos hubiese sido un grave recorte, si el Papa mismo no nos hubiera introducido en toda esa dimensión de la religión verdadera que es el culto del Dios vivo en el pobre vivo, en el huérfano, en el que caído en manos de ladrones está medio vivo, es decir, casi muerto.

Entonces fueron lúcidos los hechos de vida que respaldaban las palabras papales de amor preferencial por los pobres. Que significa lucha en defensa de las culturas debilitadas y avasalladas. De las lenguas y costumbres propias. De los derechos humanos elementales que son tierra, vivienda, salud, educación¹⁵.

Y entonces se desplomó el bilingüismo. Porque el Papa enfatizó aquello que América Latina, subyugada y oprimida pero creyente en Cristo, ya sabe: que la acción por la justicia es exigencia absoluta de la fe¹⁶. Y las consecuencias son obvias, pero el Papa también quiso enunciarlas. Primera, la Iglesia apoya las ansias populares y el propio empeño de las comunidades por reivindicar sus legítimos derechos sociales. Segundo, los obispos, tanto como los misioneros y los propios líderes han de sostener y animar los procesos de cambio y de transformación social¹⁷. Todo el transcurso aquí es el del Papa en su encíclica sobre el Redentor del Hombre. Si el hombre es el camino primero y principal que ha de recorrer la Iglesia para su encuentro con Cristo; entonces la misión de los ministros eclesiales no puede ser otra que el servicio del hombre en sus concreciones y subyugamientos hasta donde debe descender la redención de Cristo.

Y aquí en el medio popular el Papa no se limita a enunciar los fenómenos ya suficientemente sabidos y padecidos por el pueblo. Apunta a las causas estructurales que se sitúan en la misma organización sociopolítica y económica. Y aquí también convoca desde la fe a la eliminación de las causas de la injusticia y de la pobreza extrema¹⁸. En ese contexto, su re-

15 *Ibíd.*, 7.

16 Véase *Pobres*, 6.

17 *Popayán*, 7-8.

18 Véase *Pobres*, 8.

ferencia a la organización obrera y sindical es rápida pincelada sobre el panorama de una nación apenas incipiente en la organización comunitaria de base.

Y no se detiene ahí el pensamiento liberador del Papa. La denuncia profética por parte de la Iglesia es importante. Pero "eso no basta". Se requiere la acción, que es como decir la eficacia transformadora. El tiempo, es decir, la vida de personas comprometidas. La disponibilidad de los bienes, es decir, el apoyo real y no las simples opciones sentimentales por la causa de los pobres¹⁹.

Todos los que decidan frenar la lectura liberadora del mensaje papal, interpondrán las ortodoxias hermenéuticas para declarar que los discursos al pueblo tienen que ser leídos e interpretados a la luz de los mensajes al clero y a los políticos. Es decir, desde una evangelización sin mediación sociopolítica, y desde una política sin mediación teológica y de fe.

Otros, practicando una lectura paralela de los textos y sin articulación orgánica, dirán que el Papa entre nosotros tuvo la habilidad política de estar de acuerdo con todos. A los eclesiásticos les dijo lo que ellos querían oír; más aún: lo que ellos mismos prepararon. A los políticos les habría hablado el lenguaje familiar enunciativo de problemas sin excesivas exigencias éticas y prácticas. Al pueblo le habría tocado los resortes tan sensibles de su problemática de vida.

Más honesto nos parece reconocer que los mensajes del Papa al mundo eclesiástico y al medio político estuvieron, en líneas generales, dominados por el bilingüismo. Pero que, a pesar de ello, hay aliento liberador en los mensajes al medio popular.

Tal vez por eso, el cambio y la transformación de la patria sembrada con la semilla del buen sembrador, no puede esperarse del mundo de los eclesiásticos que quieran permanecer conscientemente de espaldas a las mediaciones sociopolíticas y a la praxis de liberación cristiana. Tampoco cabe esperarse del mundo de los políticos usuales, ajenos a las mediaciones

19 Véase *Chambacú*, 10.

de una fe que conlleva como exigencia absoluta, no opcional, la praxis cristiana de transformación. El cambio liberador puede esperarse de la base misma, creyente y empobrecida que, si no recibió de la visita papal todo el apoyo que podía esperar de los mensajes a los eclesiásticos y políticos, sin embargo no fue desalentada en su doloroso caminar liberador.

Por lo demás, el conjunto de los mensajes papales puede mostrarnos la radical pertinencia del análisis social, económico y político de la nación como elemento insustituible de una pastoral responsable. Sin que el uso de los análisis propios de las ciencias económicas y políticas pueda ser, en boca del eclesiástico, una galantería para captar benevolencias, ni un recurso diplomático para hablar a cada uno lo que le agrada oír. Se trata más bien de una premisa fundamental para organizar eclesiástica y civilmente la esperanza de los pobres y para diseñar caminos concretos y metas ciertas de acción. El bilingüismo de una fe sin mediaciones sociales y de una práctica política sin mediaciones de fe seguirá haciendo amanecer en Colombia no días blancos sino años en blanco.

La visita apostólica, porque quiso ser evangelización eficaz, tuvo que tomar muy en cuenta el análisis fenomenológico de nuestra situación y poner en boca del Papa el recuento constante de los males sociales de todo orden. Pero para el mismo Papa eso es insuficiente. Es menester llegar hasta las causas estructurales de nuestros males. Y sobre la base de los análisis fenomenológicos y estructurales es desde donde puede instituirse un análisis teológico que descubre en la historia y vicisitudes del país los desafíos puestos a la evangelización y los obstáculos para la construcción de una Iglesia colombiana más próxima al diseño evangélico del Señor Jesús.

Tampoco la denuncia profética que por años ha ocupado a eclesiásticos y evangelizadores es suficiente y así lo indica el Papa. Ella tiene que ir acompañada de acción transformadora. Sólo el compromiso de la acción precave contra todo ese general manejo de lenguajes liberadores y de sentimentales opciones por los pobres, con vaciamiento casi general de sus reales significaciones y de sus prácticas eficaces.

Los discursos papales en Colombia son, además, buen indicador de la indisoluble implicación en la evangelización de las estructuras mentales, teológicas, espirituales y políticas del

evangelizador. Lo cual no es malo sino inevitablemente humano. Ciertas constantes de los mensajes del Papa en su peregrinar por Colombia remiten necesariamente a ciertas características de este pontificado. Una eclesiología de los dos reinos. Una neta distinción y drástica separación de las funciones clérigos-laicos. Una reserva no disimulada por los análisis y las mediaciones sociales con relación a la teología y al mundo eclesiástico. Un progresismo hacia el mundo laico y un tradicionalismo intra-eclesiástico. Una cristiandad de masas y una cierta reserva ante lo grupal de base. Una abierta enfatización de lo jerárquico y un cierto ensombrecimiento de carismas y ministerios. Un tender hacia un solo presbiterio en la Iglesia local y un desdibujamiento de órdenes y congregaciones religiosas.

Pero los frutos de la visita apostólica son ciertamente mucho mayores de lo que aquí queda indicado. Dios Nuestro Señor ha sido glorificado. El nombre de Jesús ha sido anunciado. La comunidad cristiana colombiana se ha fortalecido. La conciencia cristiana ha despertado. Los sacramentos de nuestra fe se han celebrado. Y desde Tumaco a Barranquilla, Colombia ha recibido el impresionante ejemplo personal de amor a Cristo y al hombre por parte de quien hoy sigue ejerciendo el oficio de Pedro de confirmar a los hermanos en la fe.